

LA PROTESTA

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

Perfeccionamiento mecánico, la desocupación obrera, la jornada de 6 horas

En todos los dominios del proceso productivo en general en todas las esferas del trabajo se viene operando después de la guerra una verdadera revolución técnica de incalculables alcances.

Dejando ya a un lado el radio del trabajo manual, que parece el más accesible a la mecanización, nos referiremos hoy al maquinismo en los bancos, que está suprimiendo una buena parte de su personal.

El último informe anual del Crédit Lyonnais dice:

“El estudio y la aplicación de todas las medidas que permiten intensificar el trabajo y simplificarlo sin perjudicar su buena ejecución y el centralizador indispensable se prosiguen sin descanso: conviene señalar particularmente, en este orden de ideas la generalización progresiva del empleo de las máquinas”...

El espectáculo de un Banco al viejo estilo es el de una abigarrada multitud de empleados, cada uno de los cuales atiende una función especial en el complicado engranaje de la contabilidad y de las operaciones bancarias. Un banco moderno, por grandes y múltiples que sean sus operaciones, llama la atención por el escaso personal que necesita. Y el secreto de ese fenómeno está en las salas de máquinas, donde un par de empleados realizan con algunos aparatos mecánicos la labor de todo un cuerpo de escribientes y de tenedores de libros.

En un informe de la Banque de Bruxelles, una de las mayores organizaciones bancarias belgas, se lee: “La nueva reducción del número de nuestros empleados, que pudo ser obtenida a consecuencia de la extensión del empleo del maquinismo, nos compromete a estudiar nuevas aplicaciones”.

Un banco regional de Francia, la Banque Générale du Nord, redujo cerca del 15 por ciento el número de sus empleados a causa de la introducción de las máquinas y una reorganización de los métodos de contabilidad. (R. Louzon, en *Revolución proletarienne*, noviembre, París.).

Podrían citarse casos más interesantes aun de Bancos alemanes y norteamericanos en donde la supresión del personal a causa de la introducción de las máquinas se redujo en más de un 50 por ciento. Pero son tantos los hechos que hemos ido acumulando en el curso de los últimos años para demostrar la

trascendencia de la revolución técnica que se viene operando en el mundo, que podemos contentarnos con afirmar sencillamente que hasta en el dominio de las llamadas profesiones liberales se sienten los efectos de la actual corriente superindustrialista.

¿Debemos alegrarnos por el empleo creciente de las máquinas? ¿O

hay un hecho importante que nos hace ver con prevención el empleo progresivo del maquinismo: la desocupación obrera.

Hay, actualmente en Europa más de seis millones de desocupados, sin perspectiva alguna de que esta cifra disminuya; en los Estados Unidos, desde la terminación de la guerra, hay de dos a tres millones de obreros sin trabajo, permanentemente, y eso que la economía y las finanzas norteamericanas no dejan nada que desear en punto a prosperidad. Aquí mismo, en la Argentina, hay más de 300.000 desocupados. En Chile pasan de 100.000 a causa de la crisis de la industria salitrera, debida a su vez a los progresos quími-

ca que se está operando en los países más industrializados.

En otros tiempos, cuando las grandes masas no conocían la educación marxista, la desocupación aguda era susceptible de transformarse en un grave factor revolucionario que los gobiernos y los capitalistas se apresuraban a reducir a su mínima expresión. Sin embargo, hoy existen en Europa más de seis millones de desocupados, sin contar los que trabajan jornadas o semanas reducidas, sin contar tampoco el descenso general del nivel de vida de los trabajadores, y el capitalismo y el Estado no ven motivo alguno para inquietarse.

He aquí de qué viven el millón y medio o los dos millones de desocupados que hay en Alemania, esperando talvez mesiánicamente de los diputados socialdemócratas y comunistas la salvación. Desde el 8 de noviembre de 1926 al 31 de marzo de 1927 el socorro máximo por cada día laborable para los desocupados es el siguiente:

1.—Para personas de más de 21 años:

a) Solas, 2,03 marcos; b) con familia, durante las primeras ocho semanas de paro, 1,78; c) con familia, desde el comienzo de la novena semana, 1,96.

Naturalmente para las personas menores de 21 años el socorro es casi la mitad de ese.

Además hay un pequeño socorro para las familias; el marido recibe, aparte de los 2,03 marcos por día laborable 0,55 peniques, y por cada hijo aumenta el socorro en 0,39 peniques por día laborable.

Por consiguiente, el máximo de lo que se puede pagar en concepto de socorro a los desocupados con familia, mujer e hijos, es de 23,34 marcos por semana en las primeras ocho semanas; luego, a partir de la novena semana, el máximo puede alcanzar a 24,42 marcos.

Con el máximo de ese socorro, que pocas veces se aplica, el desocupado no puede más que vegetar miserablemente, sin alimentarse, sin vestirse; pero impide una muerte rápida y eso hace que el orden público no sea turbado por las masas de los sin trabajo.

Pero si ese socorro es excesivamente reducido para subvenir a las necesidades más apremiantes de los desocupados, significa, sin embargo un gran peso para los que trabajan, pues no hay que imaginarse que los millones gastados semanalmente en el socorro a los desocupados se producen por arte de magia o salen de los bolsillos de los capitalistas, no; proceden del trabajo de los obreros que se consideran dichosos por te-



MISTICISMO RELIGIOSO

debemos, más bien, inquietarnos? Aparte de la inaceptabilidad del proceso de distanciamiento creciente del hombre y del producto de su trabajo, distanciamiento motivado por el trabajo mecánico que no exige del hombre un esfuerzo mental creador, dando así base a una evolución psicológica imposible de prever en sus desviaciones y anomalías,

ccs que permiten pasarse sin el salitre chileno. Y así sucesivamente. La interdependencia económica mundial tan loada por el socialismo 'científico', hace que la crisis de un centro importante de la economía repercuta en seguida en el mundo entero. Y con más razón tiene que repercutir en el mercado internacional del trabajo la revolución técni-

E. LOPEZ ARANGO

El justificativo de la contrarrevolución

Hay teorías que expresan un propósito fuera del contenido económico de la sociedad, y que por eso parecen revolucionarias. Como elemento teórico, como idea de futuro, pretenden ser la síntesis de los problemas sociales, que son ten a un dogma científico. Pero se sostienen sobre sofismas y al primer análisis objetivo quedan en descubierto a los ojos de los que no comulgan con ruedas de molino.

La social-democracia explotó durante muchos años el simplismo de sus fórmulas económicas, en contraste con los hechos sociales y con las realidades históricas. Y eso que los discípulos de Marx pretendieron haber descubierto la esencia de todas las verdades reveladas al maestro en el Sinaí de la secta materialista.

El error se transforma en dogma y los creyentes lo admiten sin discusión. Y está tan arraigada la creencia en las leyes económicas formuladas por Marx, que los fenómenos más contradictorios — los hechos que menos se prestan a la confirmación de las teorías materialistas — sirven de asidero a los que confían la redención del mundo a un nuevo Mesías.

Ni los mismos marxistas ortodoxos reparan en la contradicción que supone aceptar la fórmula del "materialismo histórico" y propender al mismo tiempo a la conquista del Estado en países que no reúnen las condiciones exigidas. Para operar la implantación del comunismo. Si la condición previa para que triunfe el proletariado está en el agotamiento de las energías que impulsan la monstruosa máquina económica, en la parálisis del cuerpo social debido a su excesivo crecimiento, en el derrumbe de la civilización burguesa una vez realizado su ciclo histórico, ¿para qué esforzarse en operar un cambio político en países que apenas se inician en la fantástica carrera que siguen las grandes potencias industriales y financieras?

Según los teóricos del marxismo, sólo por la centralización industrial y financiera se puede llegar a la sociedad comunista. No se trata, como es fácil presumir, de operar un movimiento de subversión en las capas inferiores de la sociedad, sino simplemente de acelerar el proceso evolutivo en las naciones que poseen los elementos materiales para sostener en pie todos los complicados engranajes del Estado capitalista. Quiere decir, pues, que la consecuencia de esa evolución (que en este caso expresa todo lo

ver quien les esquilme hasta el extremo.

En esas circunstancias, ¿no significa la reducción de la jornada de trabajo una solución inmediata, ¿justificadora a las crisis de la desocupación? Sería un alivio para los desocupados, una inmensa ventaja para los que trabajan, y para el capitalismo no sería tampoco un mal negocio, porque lo concedido por una parte, en el proceso productivo, lo recobraría por otra, en el mercado del consumo.

Nuestra reivindicación de la jornada de seis horas queda en pie como la única solución eficaz dentro del sistema capitalista. La lucha por su conquista es una necesidad imperiosa de esta época; todos los hombres de buena voluntad que comprendan las razones de la actual crisis del trabajo, pueden y deben cooperar a solucionar la contribuyendo a la implantación de la jornada de seis horas.

contrario de lo que suponen los anarquistas), sería la conquista del poder político para el pueblo, representado por una nueva clase gobernante, y la transformación de la propiedad individual en propiedad colectiva. Pero ese cambio exige dos condiciones indispensables: que la autoridad se cimiente sobre el sometimiento voluntario de la clase trabajadora y que el desarrollo económico sea tal que permita al Estado poseer un dominio absoluto sobre todos los resortes de la producción y del consumo.

Para los socialistas autoritarios, la revolución es una enojosa contingencia de las luchas sociales. Sostienen que todo movimiento subversivo, cuando se produce en el seno del pueblo y sin el control de los jefes, cuando traduce descontentos colectivos difíciles de acallar con medidas represivas, carece de orientación política: que es el fruto de la incapacidad de la clase trabajadora para ejercitar sus derechos ciudadanos o ajustar su conducta a determinadas condiciones sociales. De ahí que nieguen la posibilidad de un cambio violento en países de precario desarrollo industrial, mientras confían que, mediante la conquista pacífica y gradual del poder, es factible la transformación del régimen capitalista, con o sin el concurso del proletariado.

De esa sujeción a las teorías materialistas expuestas por Marx, se desprende el siguiente enunciado: La revolución rusa fracasó por no existir en el país de los soviets las condiciones económicas exigidas para el salto a la valla que separa al capitalismo del comunismo.

Los bolcheviquis, fieles a su fe marxista, se apoderaron del Estado para operar la transformación económica de Rusia, exigida para la previa conquista, por el proletariado, de los medios de producción y consumo. ¿Que el poder cayó en manos de un partido revolucionario y que el compromiso de los nuevos gobernantes consistió en transformar la propiedad individual en propiedad colectiva? Puras ilusiones. Ese fué el problema político del grupo que aprovechó para sus fines el movimiento subversivo del pueblo ruso. Los bolcheviquis, una vez dueños de la situación, buscaron la manera de operar el retorno al capitalismo, disfrazando, con un nuevo nombre, el viejo sistema de la explotación del hombre por el hombre.

El programa comunista de la primera hora carecía de realidad. Era la bandera política que exigían las circunstancias. Y, en último extremo, representaba para Rusia la ilusión redentorista que hacía medio siglo había ilusionado a los pueblos de Occidente. Lenin y sus secuaces estaban convencidos de la necesidad de una transformación en sentido capitalista — la única aceptable para el partido de la dictadura sobre el proletariado — y con su intervención sólo se aprovecharon de las energías revolucionarias del pueblo para abrir en Oriente el ciclo histórico de la burguesía.

La revolución rusa continúa en la historia el proceso político-social de la revolución francesa. El proletariado ruso, a casi un siglo de distancia, completó la obra de la burguesía liberal, abriendo en los países orientales nuevas rutas a la civilización capitalista. Y porque el marxismo es hoy la fuerza reaccionaria más potente, porque ofrece a la burguesía el mejor freno para contener la revolución que amenaza abatir su poderío, son los bolcheviquis los que se esfuerzan por encontrar una base de cooperación con la social-democracia.

La conquista del poder político lleva aparejada una promesa de apoyo a las clases privilegiadas. Y el bolcheviquismo no puede prescindir de ese compromiso, aun cuando pretendan sus jefes romper con las fórmulas tradicionales del estatismo.

Tanto los marxistas socialdemócratas como los comunistas autoritarios, ofrecen a los pueblos una revolución sin violencia... y que acacera el día del juicio final.

Pero ¿cómo y cuándo se operará ese milagro? Marx lo ha dicho: la sociedad comunista solo será posible una vez realizado el proceso de centralización industrial, hecho que provocará fatal e inevitablemente la caída de las instituciones estatales que amparan a los actuales dominadores.

En esa fórmula talfalista está contenida toda la ciencia histórica del marxismo. ¿Operar una transformación revolucionaria, violenta, en los países de escaso desarrollo industrial? ¿Confiar al proletariado, por el ejercicio de sus fuerzas organizadas, la conquista de los instrumentos de trabajo, de la tierra, de todas las riquezas y del pleno derecho a disfrutarlas? ¡Ah, eso sería el caos, la anarquía...!

Los marxistas explican así su teoría supercapitalista: Hay que apurar el proceso de desarrollo económico en los países que carecen de industrias. Hay que capitalizar a la pequeña burguesía y proletarizar a la que no consiga ponerse a la altura de las circunstancias. Y, para completar ese proceso histórico, debemos conquistar el poder político en las naciones nuevas, para propender así a la capacitación técnica del proletariado y al perfeccionamiento de los instrumentos de trabajo.

Ese es el señuelo de los aspirantes al poder. La realidad es una cosa muy distinta. Veamos por qué. ¿Qué hacen los socialistas en los países de enorme desarrollo industrial? ¿Cómo proceden en Inglaterra, en Alemania, en Estados Unidos, en Francia, etc., donde la burguesía está casi completamente industrializada? ¿Cómo emplean su influencia política, su dominación sobre el proletariado, su creciente prestigio como clase gobernante? Huelga la respuesta. En todas partes, en las grandes como en las pequeñas naciones, el socialismo es el partido de la pequeña burguesía y de la clase media, y los jefes socialistas se ocupan únicamente de disputar diputaciones, senadurías y ministerios de los partidos burgueses. Y esa vulgar contienda se justifica, ya alegando necesidades perentorias o ya diciendo que todavía no llegó el momento propicio para liquidar el régimen capitalista.

Se comprende, pues, que el problema social es el mismo en esos dos aspectos. En los países de poco desarrollo industrial, los socialistas se afanan por conquistar el poder para que el Estado asuma la tarea de facilitar el desarrollo del capitalismo. Y en las grandes naciones industriales hacen exactamente lo mismo: propician un mayor crecimiento de la potencia de las grandes compañías que ejercen el monopolio de las industrias y de las finanzas, sin que les interese para nada el porvenir del proletariado, cuya esclavitud económica aumenta a medida que se va operando la centralización del capital en manos de unos cuantos plutócratas.

JEAN GRAVE. La vida financiera de un periódico revolucionario

¡"La Révolte"! ¡"Le Temps Nouveau"! ¡Puf! ¡Han tenido que vivir a base de mendicidad perpetua! Tal es la apreciación corriente que algunos "buenos amigos" trataron, más tarde, de convertir en muletilla. Crítica que, durante mucho tiempo, creí casi verdadera, pues sólo me acordaba de las crisis atravesadas, de los llamados para obtener fondos y de la exposición de situaciones precarias.

Pero, hojeando la colección del periódico, he podido comprobar que si las dificultades pecuniaras fueron constantes, si, a juicio de los lectores, les molestaba demasiado, se debía a que estos llamados se dirigían, sobre todo, a los agentes que se hacían rogar demasiado para cancelar las deudas — cuando no se olvidaban completamente de hacerlo — pidiéndoles que fueran puntuales o eran explicaciones sobre el por qué no habíamos salido la semana precedente.

Si el hecho de decir a los agentes, los abonados morosos que, a causa de su negligencia, producían las irregularidades en la aparición, era mendicidad, sea. No haré chicanes en torno a la palabra; el periódico ha vivido de la mendicidad.

Por otra parte, fué una enfermedad común a los periódicos de propaganda revolucionaria, pues leyendo éstos y presenciando de algunas raras excepciones, hemos podido comprobar que no fuimos los únicos en lanzar llamados tras llamados para conseguir fondos.

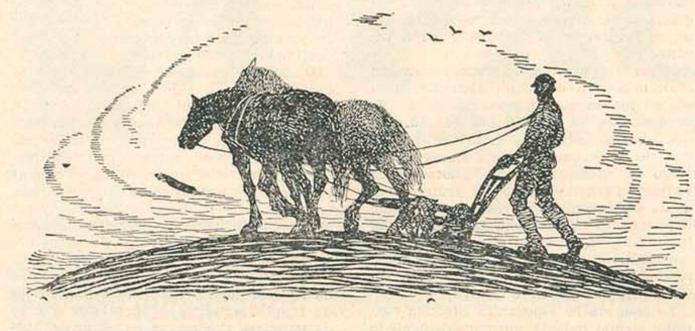
quitar el poder para que el Estado asuma la tarea de facilitar el desarrollo del capitalismo. Y en las grandes naciones industriales hacen exactamente lo mismo: propician un mayor crecimiento de la potencia de las grandes compañías que ejercen el monopolio de las industrias y de las finanzas, sin que les interese para nada el porvenir del proletariado, cuya esclavitud económica aumenta a medida que se va operando la centralización del capital en manos de unos cuantos plutócratas.

Fácil es descubrir el equívoco de esa doble teoría político-económica del marxismo. En Rusia hicieron su revolución los bolcheviquis, intentando disfrazar el nuevo despotismo con un rótulo comunista. Pero el socialismo de Estado no puede renunciar a su esencia reformista y burguesa. De ahí que la dictadura del proletariado, como fórmula socialdemócrata, tienda al mismo fin: el mantenimiento de la organización social que consagra el usufructo de privilegios por una minoría parasitaria y la esclavitud económica de la mayoría productora.

El marxismo, pues, es la contrarrevolución en marcha. Contrarrevolucionarios son los socialdemócratas, porque toman partido por la clase capitalista contra el proletariado; contrarrevolucionarios son los bolcheviquis, porque basan la felicidad del pueblo ruso en la capitalización del país ahora entregado en subasta a la burguesía mundial.

Debemos los anarquistas señalar el peligro de esa contrarrevolución disfrazada con palabras subversivas o con promesas de redención a largo plazo. El equívoco del marxismo, revolucionario en la arena política y conservador en el poder, debe ser destruido mediante una serena y objetiva crítica de las tendencias materialistas críticas, que son precisamente la consagración del capitalismo como sistema social compatible con el Super-Estado de Marx.

El marxismo es la religión del Estado, la biblia del capitalismo, el mito de la autoridad, la consagración de la esclavitud. Y no es posible libertar al pueblo de su fe en el Estado, de su sumisión al capitalismo, de su acatamiento a la autoridad, de su entrega voluntaria a los explotadores, si antes no destruimos en su conciencia y en su cerebro los prejuicios que propagan como virtudes revolucionarias esos sacerdotes de la tiranía.



mente a los que aprobaban nuestra línea de conducta. No he importunado nunca a nadie, excepto a los que me habían autorizado a ello, ya sea prometiendo una subscripción definida, ya permitiéndome ir a visitarles en caso de necesidad extrema. Y sólo he utilizado estos permisos cuando me veía en el trance de suprimir un número o si no tenía la suma necesaria para pagar una deuda de antigua fecha.

Por otra parte, leyendo los periódicos afines del extranjero, he podido comprobar que no fuimos los únicos en sufrir de esta enfermedad.

Si estos llamados en el periódico fueron numerosos se debió, sobre todo, a que los camaradas que recibían el periódico para venderlo no se apresuraban a pagar. Eran demasiado numerosos los que se desinteresaban, con frescura sin igual, de la cancelación de la deuda. Entre los abonados también los había que se olvidaban de renovar la subscripción. Y entre los que nos animaban calorosamente, había muchos que eran más generosos en elogios que en monedas, o de toda otra ayuda efectiva.

Esto me recuerda un periodista que se decía de los nuestros, que ganaba únicamente su vida y al que había regalado una de las raras colecciones de "La Révolte" que me quedaban, quien vino un día a visitarme al periódico y me dijo: —¿Conoce usted los rusos que fueron a visitarme para pedirme que me subscribiera a un periódico que quieren publicar en su lengua? — Tenemos bastante con sostener a los nuestros, sin que nos vengah a "dar sablazos" para otros que no nos concierne tan de cerca.

Ofendido, le miré, sin saber qué responderle!

Siempre me había dicho que el único periódico revolucionario que le interesaba era "Les Temps Nouveaux". Ahora bien, nunca había dado un centavo, ni aun pagado la subscripción del ejemplar que le enviaba semanalmente! Hubiera podido preguntarle ¿cuáles eran los diarios que él sostenía.

Me vengué, exigiéndole personalmente, de tanto en tanto, el dinero de la subscripción que, por otra parte, pagó durante algún tiempo.

"No había más que suprimir el envío a los que no pagaban", se me dirá, y lo que se me aconsejó más de una vez.

Si hubiera dirigido un negocio comercial es lo que hubiera hecho. Pero era un periódico de propaganda el que dirigía. Es algo enteramente diferente. Sobre todo en lo que concierne a los agentes.

Si el tal agente colocaba cinco, diez o a veces más — ejemplares, suprimiéndole el envío, eran otros tantos lectores que perdíamos. Otro tanto se perdía para la propaganda, pues no siempre se encontraba un reemplazante al agente.

Algunos nos costaban, en gastos de cartas, tanto, sino más, de lo que producía su venta. Pero teníamos lectores.

Había también el tiraje excesivo. Cuántas veces las personas "prácticas" me aconsejaban que limitara el tiraje a las cifras de la venta. Sólo que había notado una cosa: cuando reducía la cifra de ejemplares que tenía que colocar en depósito en lo de Hachette, en seguida acontecía una baja en la venta. Lo que no era un medio de intensificar la propaganda. El ideal hubiera sido el de ser bastante ricos para doblar los depósitos, a fin de aumentar nuestra circulación. He aquí por qué, a pesar de que el exceso de tiraje de nuestros órganos haya

sido uno de los estribillos de los críticos que "sabían mejor", preferí llevar una vida de mendicante, mientras pude evitar el disminuir nuestra propaganda.

No eran las subscripciones las que ayudaban a cubrir el déficit.

Eramos algunos los que consagrábamos al periódico nuestras fuerzas, nuestro tiempo, nuestra inteligencia, nuestra voluntad; los demás podían muy bien ayudarnos con su bolsillo.

Y, sin embargo, para poner a flote al periódico no hubiera sido menester tantos esfuerzos ni tanto dinero.

Si sobre los cinco mil compradores del ejemplar hubiera habido sólo la mitad que se hubiese interesado seriamente en él y se hubiera propuesto comprar sólo dos números por semana y distribuirlos en torno suyo — 0.20 por semana no es un gran esfuerzo — estos dos o tres mil ejemplares habrían bastado para mejorar considerablemente la situación. Prescindiendo de la propaganda que se haría.

Este es uno de los mil "medios menudos" de ayudar a la propaganda, pero que son descuidados por los anarquistas, precisamente porque es un "medio menudo". ¡Los anarquistas han visto siempre "grande", queriendo fundar cotidianos cuando no eran capaces de mantener la vida de los semanarios que existían!

Tuve la idea de fundar un grupo de subscriptores benévolos, que estuvieran animados de la buena voluntad de comprometerse a entregar una cantidad mensual sobre la cual poder contar.

En julio de 1904 teníamos comprometidos, en conjunto, de esas cantidades mensuales, 344 francos, y una vez recalcadas alcanzaron a 118. Pero un año después las cantidades mensuales habían bajado a 200 francos, más o menos. Dos años más tarde eran menos de 100. Los anarquistas no han tenido jamás espíritu de continuidad.

Fué para salir de la mala situación económica que pensé en hacer aparecer "La Révolte" cada ocho días en lugar de cada quince.

Si la venta no aumentaba esto significaba doblar el déficit, pero era necesario zafarse de la calma chicha en que vegetábamos. Yo no veía otra salida.

Consultados Reclus y Kropotkin, me respondieron: "que, teniendo la sartén por el mango, estaba en mejor situación que ellos para saber lo que era posible hacer". Hice la tentativa.

Lancé, pues, un llamado para anunciar nuestra intención, pidiendo a los lectores que nos ayudaran con su óbolo para cubrir los primeros déficits.

Me llegaron numerosas y "muy" calorosas cartas de estímulo. Y, en el término de diez meses, recibí 367.60 francos en concepto de subscripciones! Y en esta cantidad estaba incluida una de trescientos que se nos había enviado íntegra bajo la denominación de "diversos anónimos".

Debo añadir que no eran, precisamente, las subscripciones las que faltaban.

Teníamos, ante todo, nuestra "Subscripción Permanente" para mantener el periódico. Luego, había la "Subscripción para las familias de los Detenidos". Interin, se habían producido los acontecimientos de Decazville, donde el famoso Wattrin había encontrado la horma de su zapato en las mujeres de los mineros, indignadas, al fin, de tener que soportar los caprichos del señor, lo que agitó vigorosamente la opinión pública y creó una poderosa corriente de simpatía hacia los anarquistas, que hicieron mara-

villas para volar en ayuda de los mineros en huelga.

Al mismo tiempo que Decazville había otras huelgas u otras obras que ayudar. Sin contar las subscripciones para dos o tres periódicos que iban a aparecer y cuya necesidad se hacía sentir para... los iniciadores.

A pesar del resultado poco animador de nuestra subscripción, intenté la aventura. La subscripción había sido abierta en julio de 1885. El primer número hebdomadario apareció el 9 de mayo de 1886.

El periódico alcanzó a ocho mil ejemplares. El déficit no fué menor, pero tampoco aumentó. Ya era algo. Habíamos ganado el aparecer cada ocho días en lugar de cada quince.

Al mes siguiente imaginé una correspondencia o un corresponsal supuesto que me incitaba a bajar el precio del periódico a 0.05 o a aumentar el formato. Hice algunas objeciones. ¡Luego me dejé "persuadir"!

Transformé la subscripción para la "hebdomadización" en subscripción para poder bajar el precio a 0.05. Esta produjo 133.40. El periódico comenzó a venderse a 0.05. Y no fué ni peor ni mejor que antes.

Un hecho que demostrará el *laissez-faire* de ciertos lectores es el que va a continuación:

Durante mucho tiempo rehusé aceptar adelantos de los abonados. A cada término de subscripción perdíamos una cantidad apreciable de abonados. Resolví exigir adelantos. Las pérdidas fueron insignificantes.

Pero antes de exigir adelantos al abonado le solicitaba, para evitar gastos inútiles, que nos previniera, sea rehusando el periódico o aceptándolo. Hubo siempre algunos informales que nos dejaron hacer los gastos y luego rehusaron el semanario.

En cuanto a los agentes siempre me debían más de lo que era menester para aparecer regularmente. Releyendo estos llamados, veo que nos debían entonces más de 1500 francos y que sólo necesitábamos 400 para sacar, por ejemplo, un número determinado que, faltos de fondos, nos veíamos precisados a suprimir.

En estos 1500 francos que se nos debían estaba comprendida la venta corriente, ya que las sumas adeudadas por los agentes insolventes se incluían en el rubro "pérdidas y ganancias".

Tengo para mí que no todos eran de mala fe. Algunos se encontraban en situación precaria. No podían reunir las sumas que se les adeudaban a ellos. Pero hubieran podido advertirnos. Debo confesar que, de todo lo que se nos debía, no se entregó jamás un centavo. Algunos, sin embargo, debieron recibir el dinero adeudado, pero no dijeron esta boca es mía.

Cuando suspendía la salida de un ejemplar constituía para mí un problema resolver a qué agente dirigirme, pues tenía que devanarme los sesos cada vez que era necesario recurrir a este expediente. Algunas veces, en el mismo momento, fui salvado de la llegada de un cheque de cien, a veces de doscientos francos, que venía de la Argentina o del Brasil, donde había algunos camaradas más generosos o más activos.

Pero estas fortunas inesperadas eran raras. Hubo pocos años en que uno o varios números no fuesen suprimidos, o cuatro páginas de las ocho, o el Suplemento.

A cada llamado, a cada supresión, me juraba que esa era la "última" vez, que ya tenía bastante. Que iba a tirar todo por la borda. Y, como en la noria, recomenzaba.

Es que el periódico se había convertido en una parte de mí mismo. Me hubiera parecido una deserción retroceder ante las dificultades. Bastaba que, a número siguiente, la situación se tornara más accesible para que volviera al trabajo con más bríos.

Fuimos sostenidos. Se ayudó con sacrificios al periódico. Esto es innegable. Y sin embargo, ¡qué esfuerzo mínimo hubiera sido necesario — y que no se realizó — para cubrir el déficit!

En el número 39, del 30 de junio de 1888, encuentro una exposición de la situación financiera, demostrando que, com-

prendidas las subscripciones, el déficit no alcanzaba sino a 37 francos por número.

Durante los períodos de persecución las dificultades financieras fueron menores. La persecución acababa a los camaradas de su apatía.

Hay que añadir que en el ambiente flotaba la leyenda de que Reclus estaba siempre listo para acudir en ayuda del periódico. En efecto, Reclus, mientras lo fué dable, corría en nuestra ayuda y nos envió una subvención de cien francos por mes cuando el periódico se trajo a París.

Pero los recursos de Reclus no eran inagotables. Terminada su geografía, la casa Hachette pretendió que se había excedido en el crédito que le había otorgado y, por lo tanto, le suprimió los pagos. Reclus tuvo que hacer lo mismo con su subvención mensual cuando apareció "Les Temps Nouveaux".

Durante mucho tiempo fué el camarada Ardouin el que nos salvó, dándonos mensualmente 80 francos.

Le había conocido en el "Grupo de ayuda de los amnistiados". Habíendose dispersado el grupo cuando se consiguió la amnistía, le había perdido de vista.

Algún tiempo después había leído en los diarios que un tal Ardouin, fabricante de estuches para floristas, había sido llamado a formar parte del jurado en las Assises del Sena, pero había rehusado, diciendo: "Que no haciendo nada la sociedad para prevenir el crimen, él no le reconocía el derecho de castigar".

—Toma, pensé: este debe ser mi Ardouin. Luego no pensé más en él. Cuando un año más tarde, estando en el diario, meditando acerca de los medios de poder sacar el número de la semana — el de la semana pasada no había aparecido sino en virtud de un llamado desesperado y con un aumento de la deuda al impresor, cuando vi entrar a alguien que me parecía conocer, sin poder, en el momento, precisar su nombre.

—¿No me reconoce? — dijo.
—Usted es Ardouin. Recordé el nombre.

Comenzamos a charlar. Le hablé del incidente de la Corte de Assises, del que me narró los detalles.

—He aquí lo que me trae — continuó. — Queriendo independizarme del patronato — era obrero florista — he establecido un tallerito. Pero habiendo prosperado el negocio más de lo que había previsto y de lo que deseaba, me he visto obligado a tomar obreros.

No queriendo explotarlos, les pago un buen jornal, y al hacer el balance, cada fin de año, nos repartimos el beneficio.

Pero algunos de ellos tienen mujeres que dan trabajo a obreras, a las que pagan muy mal y a las que no se habla siquiera de partir los beneficios.

Por otra parte, he notado que, cuando se les presenta una lista de subscripción, sea para alguna obra de solidaridad, sea para alguna obra de propaganda, muchos de entre ellos ponen cara hosca.

Esto no me parece justo. He decidido que, en lo sucesivo, una parte solamente de los beneficios será suya, la otra irá a obras de propaganda o de solidaridad. He leído su llamado y le traigo una parte de la suma, que saco de los beneficios del año.

¡Dicéndome esto me tendió un billete de quinientos francos!

Quinientos francos era una fortuna inesperada que no se presentaba a menudo.

Durante mucho tiempo Ardouin nos entregó una cantidad mensual de 80 francos, más o menos.
Fué Pissarro el que, dos veces, pagó nuestras deudas al impresor, pasando de mil francos cada una.
Otra vez fué una camarada polaca, la que nos donó dos mil francos y algunos cientos de francos, procedentes de una herencia inesperada, y que, adversaria de la herencia, consideraba que no debía tener.
En fin, uno de nuestros subscriptores de "La Révolte", el camarada Lucien Masse, de Ars-en-Bié, nos dejó, por testamento, mil doscientos francos, con los que pudimos imprimir diversos folletos.
Entre los buenos amigos del periódico no debo olvidar a Federico Stackelberg, que, además de su colaboración, fué, con Signac y Haro, uno de los más fieles subscriptores mensuales, desde "La Révolte" hasta el fin de "Les Temps Nouveaux".

Stackelberg también procedía de la nobleza rusa. Su padre era un rico propietario. Poseía la isla de Worms, que tenía 100 kilómetros cuadrados y 2000 habitantes que le pertenecían igualmente.

Pero, joven aun, Stackelberg ya profesaba ideas liberales. No se entendía con su padre. Habiendo visto castigar con un látigo a los campesinos, no pudo soportarlo, abandonó a su familia y a Rusia. Tenía diez y seis o diez y siete años entonces. Pero su madre le fué fiel hasta su muerte. Cuando quedó viuda se fué a vivir con su hijo a Niza.

Este se mezcló en el movimiento revolucionario desde temprano. En tiempos de la Federación Jurasiana, de la que formaba parte, publicó el folleto: "La mujer y la revolución". Más tarde "La inevitable revolución", en la "Biblioteca Sociológica" de Stock y, en fin, "El A. B. C. de la Astronomía", aparecido en la sección Variedades de "Les Temps Nouveaux".

Por este rápido resumen se puede ver que la ayuda no ha faltado al periódico, ni el estímulo. Desdichadamente, esta ayuda se repartió en un período de más de treinta años, con lagunas que no llenaban las suscripciones reducidas ordinarias, que no podían alcanzar a un millar

LUIS FABBRI

CREPUSCULO EN CAPOLAGO

Había acompañado por dos días, a través de excavaciones, museos y escuelas, en Bellinzona y Lugano, como periodista en amateur, a los miembros de un Congreso prehistórico y arqueológico suizo; y había quedado sorprendido de que la fría arqueología no impidiese, de tanto en tanto, juveniles manifestaciones de los sentidos libres. "Son frases" — me susurraba al oído un amigo escéptico; pero hacía tanto tiempo que no las escuchaba que incluso aquellas frases me causaban placer...

Después de la visita última a la iglesia monumental de Riva San Vitale, tan majestuosamente reflejada en el lago, y después de una cena consumida prontamente por la numerosa comitiva, entre bromas y brindis políglotas, en una venta fuera del pueblo, vi, con un sentido de melancolía, partir de la pequeña estación de Capolago a los congresistas, que fueron más allá de la frontera a celebrar sus últimas sesiones en Como y en Varese.

Volví solo atrás a lo largo de la calle que costea el Ceresio, en aquella hora solitaria, y me detuve frente a un pequeño monumento en forma de obelisco, que está allí entre el lago y la vía férrea. Leí apenas, porque el sol se había puesto ya y la inscripción había sido maltratada por el tiempo, estas palabras: "Oh, italiano que marchas, — cuando Italia era un sueño en destierro — tu patria estuvo aquí, — Aquí estuvo la humilde y heroica imprenta — donde el pensamiento proscribió — a través por las fronteras en sagrado contrabando — anticipaba a Italia en los corazones. — Como nueva consigna santa — de las tierras libres a las esclavas — con vientos y con ríos pasa la libertad — y hace surgir de los ideales prohibidos — las nuevas realidades de la historia."

Alí al lado hay una rústica banca de madera y me senté mirando a lo largo del lago, que se perdía en la obscuridad incipiente hacia Melide, las montañas alpinas que separan a la derecha el cantón Ticino del reino italiano. El enorme macizo del Generoso, todo escarpado y rocoso, parecía como un buen gigante que protegiese la pequeña y linda aldea acurrucada a sus pies. Era *già l'ora che volge il destino...* y el sentimiento tan bien expresado en su viva y eterna realidad por los tercetos dantescos, me dominaba por completo, hasta darme un agudo deseo de llorar. El silencio y la soledad eran grandes.

de francos por año. Suscripciones numerosas, pero módicas, variando de 0.10 a 0.50. Un franco a veces. Cinco francos era raro. Diez francos más raro aun.

Y sin embargo qué no se hubiera podido hacer si hubiese habido espíritu de continuidad. He citado a menudo el ejemplo del "Touring Club", que, con una organización módica de cinco francos que paga cada adherente, mantiene los caminos, los construye si hay necesidad y, en muchos casos, reemplaza al Estado para realizar lo que este último no es capaz.

Es imposible precisar a qué cifra alcanzaba el número de los que se decían anarquistas. Poníamos veinte mil y estaríamos muy por debajo. Si cada uno hubiese querido dar — y que hubiera habido una organización para centralizar las suscripciones — solamente 0.50 por mes — me refiero a la moneda de guerra — esto hubiera producido cinco mil francos por año. Centralizada esta suma durante diez o veinte años se hubiera tenido con qué fundar el cotidiano por el que los anarquistas han suspirado tanto tiempo, o subvencionar propagandas que no fuimos nunca capaces ni aun de encargar, carentes de fondos.

Y lo repito: veinte mil anarquistas en un cálculo que está lejos del verdadero número.

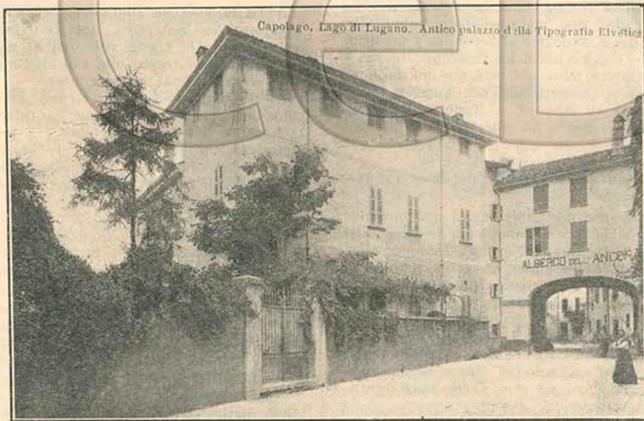
(Concluirá).

Hay que olvidar los libros de la "Tipografía della Svizzera italiana" de Lugano, ni los del editor Buonamici de Lausana.

Estas dos últimas imprentas editoras eran más bien de inspiración mazziniana, al menos en algunos momentos; la de Capolago, en cambio, era guiada, aunque sin exclusivismos sectarios, por el criterio federalista, y hasta en cierto período antimazziniano de Cattaneo y de Ferrari. Para intuir toda la profundidad de la disparidad entre las dos escuelas, llegada a su calma hacia 1850, léase una larga nota editorial en el escrito de Giuseppe Ferrari: *Rivoluzione e Rivoluzione in Italia*, reeditado precisamente hacia aquel tiempo en Capolago.

La casa de la Tipografía Elvética continúa siendo todavía aproximadamente lo que fué antes. Bajo un reciente enyesado se ven transparentar las letras negras de la vieja inscripción a todo lo largo del edificio: "Tipografía e Libreria Elvetica" — inscripción cortada en la mitad por una lápida conmemorativa, a la que tal vez se puede hacer el reproche de ser ligeramente inexacta, cuando dice que, en tiempos calamitosos por dura servidumbre, desde aquella casa habló alto y potente el pensamiento de la redención y de la unidad de Italia.

Naturalmente, en cierto sentido, también los republicanos federalistas querían la unidad de Italia; también era la mejor y menos imperfecta unidad la que ellos esperaban de una constitución política que dejase el máximo de autonomía local a las comunas y a las regiones libertadas de las tiranías nacionales y extranjeras. Pero dado el contraste que había existido siempre entre ellos y los demás que se decían "unitarios", la palabra *unidad*, según el estilo lapidario que quiere la máxima precisión, no está, me parece, en su puesto, sobre la fachada de la Tipografía Elvetica. La palabra "libertad" habría estado más en armonía con el pensamiento que, verdaderamente, habló desde aquella casa alta y poderosamente. En verdad, la otra inscripción en el pequeño monumento a la orilla del lago es mucho más apropiada.



El palacio más alto, a la izquierda, detrás de la tapia y entre los árboles, fué desde 1830 a 1853 la sede de la "Tipografía Elvética", la notable imprenta revolucionaria de los republicanos federalistas italianos. La casa más modesta, de frente, que forma ángulo con la primera, es el "Albergo dell'Ancora", en donde se celebró el congreso anarquista y revolucionario italiano de 1891 (4, 5 y 6 de enero).

La bibliografía de las ediciones de Capolago es riquísima. De las prensas de aquella casa salieron obras de gran valor y las primeras ediciones italianas de los más célebres escritores libres de la primera mitad del siglo XIX, de política y de historia, de filosofía y pedagogía, de economía y de literatura: prosa, poesía, teatro. Es preciso tener presente, además, que en ciertos momentos salían de la imprenta libros y folletos sin pie de imprenta o con el simple de "Italia", o bien bajo el nombre de tipografías de Londres, Bruselas o París. Así, por ejemplo, con la sola indicación "Londres 1852", pero en realidad impresa en Capolago, salieron los dos volúmenes de la *Filosofía della Rivoluzione* de Ferrari. Bibliófilo, buscadores de las ediciones de Capolago, hay algunos. Pero se equivocan aquellos que las buscan y

aman exclusivamente por los recuerdos históricos que están ligados a ellas y por su rareza, pudiendo interesar la última cualidad sólo a los frios y a veces maníacos coleccionistas. Las ediciones de Capolago tienen valor también y sobre todo por su bondad intrínseca, es decir, por el papel, por la nitidez de los tipos y por la corrección del texto. Eran hechas con una diligencia extraordinaria y comparadas con ella no valen nada ciertas ediciones recientes de los mismos libros, en papel de lujo, ricos en adornos y encuadernación, pero descuidadísima en el texto y repletos de errores de imprenta.

Hoy vuelvo a evocar los pensamientos de aquella noche; pero salen ahora frios de la pluma, y más que el sentimiento de entonces predomina en la prosa analítica el detalle o la divagación más o menos erudita. Entonces, en cambio, todos estos pensamientos y evocaciones se encuadraban, en medio de la solemne tranquilidad de aquel paisaje encantador, en una nostalgia indecible de las cosas lejanas, donde habría sido tan dulce cultivar estas diletas predilecciones culturales en el tibio ambiente familiar; en una sed ardiente de un poco de aquella tranquilidad necesaria a los estudios, que sin embargo parece inalcanzable en la vida real presente. Así los recuerdos históricos, que aquí serían inútiles, porque ya fueron notados, en el silencio de la noche que avanzaba no me parecían tan lejanos en el tiempo y creía revivirlos. De un golpe los ojos de la mente descubrí, de la otra parte del lago, en las brumas, del lado de la frontera, el suplicio de Luigi Dottesio, condenado a muerte por Austria por el delito de difundir las ediciones que sus amigos hacían en aquel ángulo remoto del Ticino.

Poco más tarde, tras breve giro por el pueblo, ahora también él desierto, volví hacia la estación por la calle que pasa delante de la histórica imprenta y que se llama precisamente Via Luigi Dottesio. Las ventanas de la antigua fábrica del ideal estaban todas cerradas, sin luz. Pero yo pensaba que la horca austríaca no impidió al pensamiento italiano seguir su camino; y aunque toda luz pa-

rece extinguida en aquella casa, y las pretas callan, tal vez deshechas, y las ventanas cerradas dan como una impresión de cosa muerta, mañana sé bien que aquellas ventanas se volverán a abrir, la clara luz del sol penetrará en grandes oleadas, y el trabajo humano reiniciará allí su ritmo habitual. Aquí o en otra parte, como dice el poeta del epígrafe, se desarrollarán aún de "los ideales prohibidos las nuevas realidades de la historia. ¡Ahora y siempre!

Mientras el tren me volvía a llevar, costeando el lago, a la próxima Lugano, donde nadie me esperaba en la fría habitación de alquiler, miraba las aguas inmvíles que pasaban ante mis ojos. Resplandecían allí luces de los cien albergues, donde la riqueza cosmopolita se fastidia al son de músicas ostrogotas; y crecía en mi alma la tristeza. ¡Qué

distancia de aquel mundo estrepitoso y sin embargo tan sin vida!

Más lejos, de la orilla opuesta del pequeño golfo, en torno al cual se levanta Lugano, resplandecía el perfil de la iglesia de Castagnola, iluminada por luces eléctricas de asaz dudoso buen gusto. Allí cerca había vivido sus últimos años y muerto Carlo Cattaneo. En cambio sobre la orilla en aquel instante recorrida por la locomotora al acercarse a la ciudad, estaba la pequeña villa en donde habitó a intervalos Giuseppe Mazzini. He aquí, veía en las aguas envueltas en la penumbra destacarse una barquita de la villa Taurina de la familia Nathan; y en la barca, movida por el robusto remo del barquero, un hombre vestido de ne-

gro, de barba salpicada de blanco y de ojos negros y profundos: Mazzini. La barca avanza silenciosamente sobre el lago hacia la embocadura del torrente Cassarate, en la orilla opuesta, a los pies de la colina de Castagnola, donde esperaba otro hombre envuelto en su chal: Cattaneo.

¿Qué se dirán las sombras de los dos grandes amigos y adversarios? Mirarán hacia las luces tremolantes de la otra orilla de la italiana Campione d'Intelvi, y continuarán tal vez un razonamiento iniciado ya hace más de sesenta años, — un razonamiento que espera aún de las realidades de la historia una realización en armonía con las nuevas necesidades y las nuevas aspiraciones de los pueblos.



LEON TOLSTOI

La verdad en la boca del niño

(DIALOGOS)

III

(Cuarto de estudio. Michka, niño de 7 años, hijo de los amos, se senta a la mesa. Entra Gavrila, criado, soldado reservista).

GAVRILA

Adiós, Michenka, mi buen patroncito. Quién sabe si dios nos permitirá volver a vernos algún día.

MICHA

Entonces, ¿es verdad? ¿Te vas de veras?

GAVRILA

Ciertamente. Hay guerra y soy reservista.

MICHA

¿Qué guerra? ¿Quién es el que va a hacer la guerra?

GAVRILA

Dios sólo lo sabe. Yo he leído eso en los diarios, pero no comprendo gran cosa. Se dice que el Austria está furioso contra los mjestros, los cuales, a lo que parece, han ofendido no sé a quién...

MICHA

Y tú ¿por qué te vas? Si los zares se querellan entre ellos, ellos tienen que batirse.

GAVRILA

¡Oh! es necesario partir, por Dios, por el zar y por la fe ortodoxa.

MICHA

¿Pero tú no quisieras irte?

GAVRILA

Claro que no, ¿quién querría de buena gana dejar la mujer, los hijos y la buena vida tranquila.

MICHA

¿Por qué partir, entonces? Diles que no quieres saber nada, y no vas, ¿qué pueden ellos contra tí?

GAVRILA (riendo)

¿Qué pueden ellos? Ellos pueden prenderme a la fuerza.

MICHA

¿Quién?

GAVRILA

Gentes como yo, los subordinados.

MICHA

¿Por qué lo hacen, si son como tú.

GAVRILA

Hay jefes, ellos darán una orden y se me prenderá.

MICHA

¿Y si los subordinados no quieren obedecer?

GAVRILA

Eso no se puede.

MICHA

¿Pero ¿por qué?

GAVRILA

Porque... porque hay leyes.

MICHA

¿Qué leyes?

GAVRILA

Es extraño lo que Vd. dice. Conversando con Vd. se acaba por olvidar lo que se tiene que hacer. Es necesario, sin embargo, ir a calentar el samovar

Anti - Marx

Breve resumen de un libro de Pierre Ramus

Así como hubo un tiempo en que se puso de moda, entre los elementos de vanguardia, la filosofía y para ser buen revolucionario había que estar familiarizado con los maestros en boga; así como hubo un tiempo en que las ciencias naturales tuvieron un cierto predominio sobre los hombres de la revolución, siendo casi indispensable conocer algo de biología y demás para actuar en el terreno revolucionario, con Marx se puso de moda en el socialismo la economía política. Pero la economía política y el socialismo son dos cosas que tienen una base espiritual diversa y cuya afinidad, en el sentido marxista, deja grandes lagunas y está preñada de fundamentales contradicciones.

Los escritos realmente socialistas de Marx son muy poco numerosos y casi todos desconocidos. Por ejemplo, los artículos en los "Deutsch-franzoesische Jahrbuechern" de 1844; su artículo del "Vorwarts" de París, titulado "Apostillas críticas al artículo "El rey de Prusia y la reforma social"; también de 1844. La obra escrita en colaboración con Engels en 1845: "La sagrada familia o crítica de la crítica, contra Bruno Bauer y consortes". Además, el "Manifiesto comunista", de 1848 y algunas circulares a la comisión central de la Liga de los comunistas, de 1850, y los "Descubrimientos sobre el proceso de Colonia contra los comunistas", aparecidos por primera vez en 1853. En esos escritos está toda la obra de Marx como socialista. Sin embargo, su labor más conocida es la que pertenece a la economía política, la que lo distingue como economista, carrera iniciada por él con la "Crítica de la economía política", aparecida en 1859. Su obra principal "El Capital" aparecida en 1867 corona esa nueva orientación de su desarrollo. Marx ha olvidado toda propaganda directa en favor del comunismo. Este no es mencionado en su obra ni siquiera una sola vez. El punto culminante de las demandas directas de "El Capital" lo formamos décadas después del "Manifiesto comunista" — la exigencia de una jornada máxima de trabajo legal. Solo era claro para los iniciados que el autor de esa obra económica percibe el comunismo en la lejanía, como un producto conveniente de la historia que surge de la evolución económica por leyes inmanentes de la historia, con una tendencia propia inconsciente para los hombres, pero también ineludible, con inexorable necesidad" (pág. 100-101).

Al hablar de Marx habría, pues, que dividir el asunto en dos partes: sus relaciones con el socialismo y sus trabajos económicos. Por lo que se refiere al socialismo, salvo los períodos en que se dejó influenciar por Proudhon (en sus primeros tiempos) o por el bakuninismo (La guerra civil en Francia, 1871), tiene bien poco de atractivo. Respecto a su obra económica principal "El Capital", Pierre Ramus dice que explica el aspecto del techo de una casa, pero no cómo se levantó, cuál es su cimiento. En realidad da una definición del capital, pero no explica cómo se origina. Y su error básico está en lo siguiente: "No distingue entre los valores acumulados como capital y su empleo como capital explotador. Si no hubiera fuera del capital, como masa acumulada de valores, otro poder, entonces todo capital, es decir, toda superabundancia en bienes sería pronto molesta, insostenible para un capitalista... Tan solo por el hecho que dentro de la sociedad hay un poder y una organización de violencia — El Estado, que garantiza al capitalismo por medio de la dictadura legal, jurídica y militar su monstruosa pretensión a la propiedad, tan solo por eso se convierten los medios de producción — sean tierra, casas, fábricas, máquinas o dinero — en un capital explotador. Tan solo el poder de aquel privilegio del mono-

polio estatalmente garantizado, crea una situación que en la antigüedad mantuvo la esclavitud, en la edad media la servidumbre, en el período moderno el salariado, y en la cual es sólo posible que el propietario de medios de producción pueda y deba ser al mismo tiempo propietario de medios de explotación. De todos estos importantes problemas no se ocupa Marx y a causa de la metafísica incomprendible de Marx no ha comprendido todavía el moderno movimiento obrero en una proporción digna de nota que la lucha contra el principio del Estado es la más firme lucha contra el principio capitalista en la sociedad"... (pág. 104-5).

No hay necesidad de detenerse en rebatir la metafísica marxista del "obrero libre" en tanto que vendedor de sus brazos al capitalismo. Según Marx el obrero sería libre de vender o no el bien de que es propietario: su fuerza de trabajo. Pero ¿dónde existe esa libertad? Ramus examina también la famosa "teoría del valor" marxista y la descompone en sus elementos integrantes, de donde resulta una completa vacuidad. La teoría del valor es una justificación del capitalismo y un absurdo para el comunismo.

La crítica a la plus-valía ocupa en el libro de Ramus un buen espacio, donde se ponen de manifiesto sus debilidades, incongruencias y contradicciones.

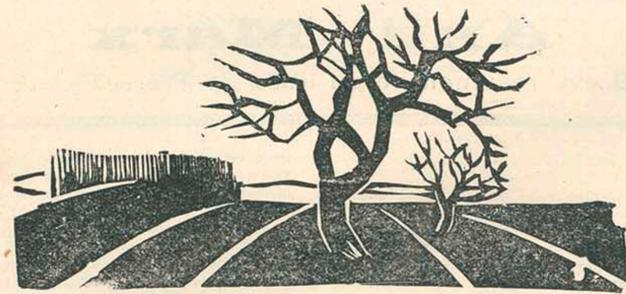
Y así por el estilo, nuestro camarada pasa revista a la metafísica económica — no socialista — de Marx y acumula, de paso, hechos y estadísticas que demuestran la inconsistencia doctrinaria del marxismo. En resumen, las objeciones que Ramus hace al marxismo se reducen a los siguientes postulados: I— Filosóficamente, sus elementos integrantes son reaccionarios. El marxismo no ha superado nunca el hegelianismo, ni siquiera críticamente. Lo que él criticó fué el post-hegelianismo de tendencia libertaria. Es decir, aquellas derivaciones del hegelianismo que aspiraban, pasando por sobre éste, a llegar a legítimas verdades vitales filosóficas y a labores revolucionarias.

II— Todo ensayo de ligar el marxismo con la filosofía kantiana lleva a un bastardamiento de toda lógica y razón. Kant es el filósofo de la burguesía ilustrada, que vió su objetivo — por lo demás sólo abstracto — en el "Estado libre", en la república burguesa. Tanto el "Estado libre" como la república democrática han sido hace mucho completamente superados por la filosofía del espíritu de la más clara idea de emancipación y de libertad de la humanidad, y rechazados como conceptos vanos y condiciones sociales equivalentes a la maraño.

III — A consecuencia de su alianza indisoluble y también de su saturación con el hegelianismo, el marxismo llega a adoptar el ideal despótico de Estado de Hegel y a disfrazarlo únicamente con frases democráticas. Lo mismo que para Hegel el Estado absolutista es un ideal, así es para el marxismo el Estado una concepción ideal absolutista de su dictadura. De libertad social humana y efectiva, el marxismo no contiene un solo elemento de valor.

IV— La consigna revolucionaria de lucha del marxismo: "¡Derribamiento de la burguesía! ¡Dictadura de la clase obrera!" — como Marx la ha formulado a fines de 1848 es en sí y por sí en su segunda parte un programa reaccionario. Toda dictadura es lo contrario de la libertad individual y social; la supuesta dictadura proletaria hace caer al principio a la vieja burguesía, pero engendra luego una nueva clase dominadora y explotadora y se asocia entonces como aparato "proletario" de Estado con una nueva burguesía contra el proletariado. Ahí está, sino, la Rusia de los soviets.

V— El Manifiesto comunista es el programa de una tendencia centralizadora, reaccionaria, sedienta de mando, que as-



pira a la omnipotencia del Estado, de la democracia burguesa más radical que — por medio de la añagaza de un supuesto comunismo — intenta captarse para sus propios fines de dominación, valiéndose de la conquista del poder político, las masas del proletariado.

VI— La exposición económica del "Manifiesto comunista" sobre el proceso evolutivo del capitalismo al comunismo es fa'sa.

VII— En ese manifiesto no defiende el marxismo ninguna especie de comunismo, el cual es borrado como idea. "El Manifiesto comunista" es un programa del cesarismo de Estado, encarnado por los jefes obreros brutalmente dictadores como representantes del principio de autoridad y de explotación, triunfantes sobre la revolución proletaria que tenía a la emancipación.

VIII— Después de la bancarrota de la revolución del 48, en la que Marx tomó parte, no como comunista, sino como demócrata radical, se apartó Marx de toda defensa espiritual y publicista del comunismo autoritario. Se dedicó exclusivamente al dominio de la investigación económica.

IX — En su dominio realizó la misma obra funesta que en el del socialismo: envolvió todo resultado económico de su investigación con especulaciones hegelianas, con lo que el proletariado no es guiado al socialismo, dejando ya a un lado la instrucción, sine a su embotamiento de un modo usual a la economía política.

X— Todos los resultados teóricos del trabajo económico de Marx carecen de valor para el verdadero pensamiento de emancipación de la humanidad. No ataca ni rechaza el fundamento del poder y de la violencia dominante. En lugar de apuntar contra los muros y los obstáculos del orden presente — Estado, militarismo, ley, asalariado, monopolismo, etc. — disparó contra diversos detalles secundarios de su construcción, perdiendo ésta enteramente de vista.

XI— Los ensayos del marxismo para probar el nacimiento inevitable del socialismo del sistema capitalista existente, son una misera "negación" hegeliana y no tienen nada de común con una demostración científica.

XII— Todos los factores de derrumbamiento deducidos por el marxismo como "tendencias del modo de producción capitalista", se han mostrado lógicamente sin fundamento, sociológicamente falsos. Son una creación fantástica arbitraria de la metafísica, especulativa-dialéctica, económica-política.

XIII— Justamente en el círculo de esas supuestas tendencias funda el marxismo su demanda de expansión, de evolución, de aumento del capitalismo y de su centralización, lo mismo que de aumento de poder del principio estatal. Por eso el marxismo se convierte en un baluarte, no del socialismo, sino del orden existente y de su sistema económico monopolista, cuyas tendencias dominadoras y explotadoras declara y disculpa el marxismo como un producto histórico necesario y, en última instancia, saludable, beneficioso de la evolución.

XIV— El sistema del marxismo carece de todo elemento esencial de una crítica socialista, de una creación socialista. Está vacío de eso y deja lo último por completo a la incertidumbre de supuestos "factores económicos". Ni su demanda de expropiación está fundada en el terreno humano de la acción, sino más bien en el dominio de supuestas economías activas del modo de producción, ni

ha sido dado por él a los hombres un plan de reorganización de la sociedad. Ambas cosas se ceden para la realización al desarrollo industrial capitalista.

XV— Con excepción de una ayuda parlamentaria refutada frecuentemente por él mismo como cretinismo parlamentario, de algunos paliativos, como reducción de la jornada, leyes protectoras de los obreros, aumentos del salario, seguro embustero contra la vejez y la invalidez y otras reformas aparentes, el marxismo no ofrece el proletariado ninguna iniciativa propia. Deja todo lo demás a la "evolución económica".

XVI— El marxismo ha falsificado la idea de la lucha de clases y le integró como objetivo la conquista del poder político. De ese modo la lucha de clases del proletariado fué rebajada a una lucha de partido. La deseada oligarquía partidista sobre el proletariado no cambia nada en la esclavitud del salario de los trabajadores, ni en los privilegios monopolistas del capital. Pero, en cambio, forma el jugo nutricio del fascismo. Entre el fascismo y el marxismo no existe una diferencia más que en las palabras de orden, de ningún modo en los hechos. Ambos son igualmente enemigos de los hombres, del proletariado en particular.

XVII — Finalmente, carece el marxismo de todo factor social efectivo. Al contrario, ha hecho un sistema de lo antisocial. Con el esfuerzo por parecer objetivo, ha consumido todo calor interno y todo sentimiento de solidaridad. La penuria del proletariado es para él un hecho que constata con una frialdad indignante y que justifica históricamente. Más indignante es aún que no vea el elemento popular explotado más que en el proletariado industrial, a quien quiere socorrer por la vía del parlamentarismo; para el resto de la masa, por lo demás considerable, que sufre terriblemente por la injusticia, la violencia y la inseguridad de la existencia en el sistema imperante, el marxismo no tiene comprensión alguna, a lo sumo promesas demagógicas y parlamentarias!

El libro de Ramus termina así: "Tan solo después de la completa superación del marxismo despertará el socialismo a nueva vida. De las ruinas del marxismo es de donde puede surgir legítimo conocimiento y saber socialista, que se unirá con una voluntad consciente, con una acción liberadora del espíritu y una renovación económica y social".



Un tomo de 350 páginas, \$ 1.50

NEMO

Todavía y siempre la crisis europea y el nacionalismo

Aunque corra el riesgo de repetirlo demasiado a menudo en el curso de mis artículos, digo una vez más que lo que existe hoy: nacionalismo — Estado — odio y guerra — miseria, y lo que nosotros queremos: internacionalismo — anarquía — paz y solidaridad — prosperidad son series y consecuencias inseparables de las cuales no se pueden cambiar a capricho los componentes. Internacionalismo y Estado son incompatibles, nacionalismo y anarquía lo son igualmente. No se asocian los animales de presa, así en términos parecidos, recientemente citados por L. Bertoni, se ha expresado Laverdays, uno de los pensadores libertarios más claros, y Bakunin ha dicho lo mismo en diversas páginas, y Proudhon estuvo igualmente penetrado por ese pensamiento. Eso quiere decir que con los Estados presentes no hay absolutamente nada que hacer; un Estado es lo contrario, el enemigo de todos los demás Estados, sobre los cuales trata de predominar y de los que se sirve, si le es necesario, y recíprocamente.

La humanidad ha comenzado a ver eso en las primeras décadas del siglo XVIII, cuando la miseria de la guerra de treinta años en Alemania (1618-1648) y la de las guerras continuas desencadenadas en el oeste de Europa por Luis XIV había hecho reflexionar a algunos hombres en todas partes. He ojeado estos últimos días un periódico alemán (Hamburgo) del 18 de octubre de 1725, donde leí, después de notas que desean demostrar la existencia de las mismas cualidades en los hombres de todas partes del globo: "...¿Cuánto refuerza eso (el reconocimiento de ese hecho) el impulso hacia el amor general al prójimo! Todos tenemos en común la razón, y somos como los miembros diversos de un cuerpo que no deben odiarse, hacerse mal, sino amarse, ayudarse y atenderse mutuamente!"

"Si la razón es general, entonces estamos basados, no de una manera incierta y dudosa, sino sobre una base inquebrantable, en la aceptación de la existencia de un derecho natural general, eternamente inmutable, escrito por la razón en los corazones de todos, confirmado por la concordancia de todos los pueblos, aspirado por nuestra propia conservación, aprobado por la tranquilidad y el placer interiores que nos causa, incluso confirmado por una experiencia continua. Aquí obra conforme a esa naturaleza razonable que está en él, promueve su propia dicha; aquí se aleja de ella, se tortura y se pierde a sí mismo".

Tales palabras caracterizan el espíritu cosmopolita y humanitario naciente del siglo XVIII. Casi el mismo día he visto un extracto del Impero de Roma, del 3 de noviembre de 1926 con toda probabilidad, que decía — de acuerdo a un telegrama de la prensa —: "Esta noche es preciso, en fin, poner fin a esa utopía estúpida que cada italiano puede pensar con su propia cabeza. Italia no tiene más que una cabeza: el fascismo, y un cerebro: el de Mussolini. Es preciso derribar sin piedad las otras cabezas"... y las opiniones ministeriales del 5 de noviembre que no reconocen más que la opinión gubernamental italiana de aquí en adelante y suprimen la prensa, los partidos y toda otra manera de expresar en Italia aunque no sea más que un soplo de opinión diferente y disidente —, eso y las decisiones semejantes en la Rusia soviética, que condenaron al silencio la discusión y la crítica — son verdaderos testimonios, no accidentales, sino — infortunadamente — inevitables y que se podrían multiplicar, del completo abandono de la idea humana por el nacionalismo y el despotismo que reinan en 1926.

¿Cómo ha podido ser tan completamente aniquilado, anulado el pensamiento humanitario en nuestra época? Esos son los frutos — ¿son los últimos frutos o qué es lo que ocurrirá aún? — de un siglo de nacionalismo que ha sabido infiltrarse de una forma inofensiva, sim-

pática primero, para convertirse en la plaga que es en este momento. Soy el último en negar, en despreciar, en querer disminuir el placer que cada uno encuentra en vivir en un ambiente que le es simpático, habitual, donde el paisaje, la lengua, las tradiciones, las aspiraciones y costumbres locales le son familiares y caras — y eso es un conjunto que no quisiera ver violado por nadie. Pof tanto, si el gubernamentalismo invasor y centralizador, la conquista y otras fuerzas hostiles invaden ese ambiente, se le defiende, nada más natural. La convivencia humana, que ha protegido recíprocamente todos esos ambientes durante tantos siglos, que ha perdurado todo el siglo XVIII, habría continuado también en el siglo XIX — y así fué en efecto en la gran mayoría de los casos, — esa convivencia fué abatida en la primera mitad del siglo XIX, cuando (1) el sistema napoleónico unificador había lesionado los intereses locales y provocado el resentimiento nacional, y (2) cuando ese nacionalismo despertado, en lugar de permitirle calmarse, fué ligado a causas más diversas, a la causa muy meritoria del liberalismo, a la inevitable, pero todo menos pura y desinteresada de la burguesía naciente, a las codicias de engrandecimiento y de anexiones de los Estados, y al advenimiento personal de una categoría nueva, la de los políticos nacionalistas, futuros hombres de Estado. Entonces de esas causas tan diversas, y otras aún, las menos buenas eliminaron gradualmente a las buenas; el liberalismo ensombreció primero, pues el nacionalismo apela al fanatismo de todos. El nacionalismo se puso al servicio de los Estados más fuertes, creyendo engañarlos y servirse de ellos, pero en realidad se convirtió en instrumento suyo. Una burguesía local le mimó, para llegar por su intermedio a explotar exclusivamente un territorio nacional cerrado. Los jóvenes políticos afluyeron, formando de antemano gobiernos, parlamentos y cuerpos de funcionarios que se pusieron todos juntos a la busca de un nuevo Estado para ellos, que los cobijara a todos, como se vio en 1918-19, cuando de todas esas nacionalidades supuestamente perseguidas, diezmadas, aplastadas, surgió de repente un personal político y administrativo archicompleto de hombres rozagantes de bienestar y de ocio y que ejercieron desde el primer momento en estatismo loco, amos predestinados de su nuevo Estado.

Pero supongamos también, por razón de argumento, que todo eso no hubiese sido así, que el nacionalismo satisficiera solamente la voluntad de las poblaciones europeas de estar enrejadas en Estados separados exactamente según los datos lingüísticos o de raza — reparto que deja insegura la suerte de las numerosas poblaciones mixtas y de los territorios que pertenecen a otra lengua o raza — ¿se cree verdaderamente posible acomodar ese reparto con la vida económica y social desarrollada desde hace tantos siglos, arraigada en todas partes tanto como el idioma y los hábitos? Esa vida económica ha presidido realmente la constitución de los territorios en Europa en épocas en que no se trataba de nacionalismo, sino cuando se sintió en un número de grupos territoriales que tal o cual expansión sería aproximadamente necesaria y suficiente para la vida económica normal de un país y entonces la política, la diplomacia, las alianzas, las guerras, todo fué dirigido hacia ese fin que acabó por ser alcanzado para todos, en último lugar por Italia en 1871 (toma de Roma) o si se quiere por Bulgaria en 1878 y 1885 (su constitución y su incorporación de la Rumelia oriental). Se puede decir que todos los actos, incluso las guerras, que han tenido ese fin, han llegado tarde o temprano a su objetivo, pero que toda guerra y otra acción cualquiera (transacciones por cambio de territorios, uniones por herencia, por matrimonio, etc.) que han superado ese ob-

jetivo, que fueron engrandecimiento ficticio para el más fuerte, no han sido mantenidas. El mapa de Europa de 1914 no fué verdaderamente el resultado de conquistas brutales que los nacionalistas tenían necesidad de reparar, sino que fué el resultado de toda su vida económica, social, intelectual, de la vitalidad de tales grupos, de la no-vitalidad de tales otros, etc., e hizo la prueba de todo un siglo, desde el gran cambio de 1815, siendo capaz de incorporarse toda la industria de máquinas, todas las redes de ferrocarriles y canales, todo el gran reparto de terreno agrícola y terreno industrial, todo el desenvolvimiento inmenso del subsuelo, de las minas de hierro, de carbón y tantas otras, todas las vías de comercio y su ligamiento con las líneas de los vapores que abrieron todas las partes del globo, transportando los primeros enormes cantidades de materias primas, de trigo y de otros productos alimenticios, y exportando enormes masas de mercaderías. Todo eso, esos millares y millares de rodajes de una vida completamente nueva — siguiendo la vida modesta entre artesanos y campesinos con algunas manufacturas y el transporte penoso en carretas y barcos de vela — todo eso se acomodó a los organismos territoriales constituidos y completados poco a poco desde la edad media y adaptados a la vida económica creciente desde el siglo IX, pero desarrollada sólo en el XIX.

Entonces, al comienzo del siglo XIX, los otros Estados: Francia, Inglaterra, España, Rusia, estaban completos, pero respecto de Alemania e Italia se trataba aún de salir de esa falta de cohesión, resto del antiguo feudalismo del tiempo en que las pequeñas unidades territoriales y las ciudades comerciales de situación favorecida, podían existir sin el resto del país. En Inglaterra ese autonomismo territorial del tiempo de los sajones fué abolido ya en el siglo XI por la conquista normanda, que dura todavía, en Francia y España se hizo mediante la monarquía más centralizada, en el siglo XVI, y en Rusia en el curso del siglo XVI y XVII. Turquía continuó el imperio bizantino; es decir, la parte oriental del imperio romano; la lucha contra ella correspondía, pues, aún virtualmente a una lucha contra la conquista romana, lucha que para el resto de Europa había terminado en el siglo V (476).

En esas condiciones la institución de las unidades territoriales en Italia (unidad completa) y en Alemania (unión que dejaba subsistir una amplia auto-

nomía para una treintena de territorios; tal fué también el caso de los diez y siete territorios que componían el Austria hasta 1918; sólo en Hungría hubo una unificación de los territorios, excepción hecha de Croacia-Eslavonia) esa institución fué, pues, la cosa más natural del mundo. Sería poco lógico admirar la constitución de la Italia unida (de 1859 a 1870) y gritar contra la constitución de la Alemania unida (en 1866 y 1871). Advirtamos aún que ese país inmenso, de recursos enormes, los Estados Unidos, prefirió una guerra civil de varios años antes que ver realizarse una secesión, una ruptura de su unión (de 1861 a 1864). Inglaterra ofreció igualmente más de un siglo de resistencia a que se decidiera a conceder a Irlanda, no esa independencia completa, que pide aún en vano, sino sólo esa autonomía local que posee desde hace muy pocos años solamente.

El que considere la historia europea en su conjunto — no pueden entrar aquí en el detalle — verá en qué grado las unidades territoriales y las unidades económicas y la convivencia de las nacionalidades (mayorías, minorías) llegaron en el siglo XIX, y hasta 1918, a un equilibrio que correspondía a las verdaderas necesidades y permitía la vida normal de todos esos países. Esa vida era también la condición preliminar de un socialismo que florece en los años de 1860 a 1870, penetrado de internacionalismo, pero que decayó desde 1871, cuando las cuestiones nacionales fueron introducidas en ella. También la anarquía sufrió tales influencias. Pero no discuto este asunto: quería explicar solamente lo que comprendo por vida relativamente normal: esa vida desaparecida desde 1914 y reemplazada desde entonces por una vida que para millones de seres es una vida muy dulcemente descrita si se le denomina vida anormal; otros la llamarían vida perra.

Los nacionalistas y los que les dejaron la mano libre, y que morían más bien que ceder una palgada de territorio inglés, americano, francés, italiano; los nacionalistas han conseguido, pues, poner treinta y cinco Estados en lugar de veintiséis, y además, por anexiones de minorías mixtas y en territorios enclavados, crear nuevas cuestiones de nacionalidades para un gran número de millones de hombres, esas minorías anexionadas que en la Liga de las Naciones no hallan más que oídos sordos, que lanzan gritos y sufren persecuciones, comparadas con las cuales las pocas vejaciones de que han podido quejarse las naciones hoy triunfantes con justa razón antes de 1914, son

MAX NETTLAU

(5)

El puesto de Fernand Pelloutier en la evolución del sindicalismo

papeles de Dave tengo ante mí una carta dirigida el 19 de enero de 1899 a uno de sus más íntimos compañeros sindicalistas; está fechada en Bruyères de Sévres (Seine-et-Oise), a donde lo había enviado el médico; después del congreso de las Bolsas en Hennes, a fines de 1898, tuvo que tomar vacaciones de enfermo... "Sí, por desgracia — comienza — desde mi llegada aquí estoy resfriado, y hasta el lunes tuve que tragar mucho jarabe y medicina para vencer la ronquera, o más bien la completa extinción de la voz. Hoy voy mejor, recibí un terrible apetito. El sosiego que existe aquí puso fin al estado de superexcitación moral y física permanente en que vivía en la rue des Deux Ponts. En una palabra, me siento en equilibrio..."

Relativamente a una cosa que consideraba como una injusticia dice en esa carta: "...Aun cuando... no me quejaría. No por temor, como Vd. cree, sino por orgullo; ¿cómo quiere Vd. que se discuta con Muffies? (filisteos repulsivos), si fueran capaces de reflexionar y de discutir, no cometerían sus mufferies (mezquindades repulsivas)...". Una pequeña visión de la filosofía de la vida de Pelloutier, que llamó ante muchos cuando consideraba a los promotores de bajezas incapaces de comprenderlas, siquiera... Su estado mejoró algo y pudo trabajar de nuevo, mientras que luego en el otoño de 1899 se difundieron rumores de que había recibido del duque de Orleans 100.000 francos para la provocación de una huelga — más detalles en la biografía de Dave —, lo que le

irritó y le sumió en nueva enfermedad, en extrema pobreza material continua.

Entonces habló Georges Sorel, que lo conocía, con Jaurés sobre la miseria de Pelloutier, rogándole que incitara a su amigo Millerand, entonces ministro, a hacer algo por él. Millerand le nombró entonces *enquêteur* (coleccionista de materiales) temporal para el *Office du Travail*, que dependía del ministerio de comercio. Nada más natural que así fuese. Entonces no había adoptado Sorel su punto de vista característico ni estaba Millerand definitivamente desacreditado; Sorel conocía a muchos y tuvo simpatías por Pelloutier. Algunas veces se veía a Sorel y a Jaurés juntos en la Biblioteca, ¡y qué bien conocía Jaurés a Millerand desde hacía años! Nadie eehó mano al propio bolsillo, a Millerand le costó la cuestión un plumazo, comprometiendo a un adversario político. Sorel tuvo después que trabajar no poco para persuadir a Pelloutier a aceptar, y éste lo hizo a causa de su familia, en la más extrema miseria; supo, a causa de su enfermedad, tan sólo tres semanas después del nombramiento, que era provisorio y que debía renovarse cada tres meses, dándole al año 1.800 francos. Pelloutier era ocupado en la elaboración de monografías sobre ramas particulares de trabajo y en la estadística de las huelgas.

Esa cuestión se le reprochó amargamente a Pelloutier en el octavo congreso de las Bolsas del Trabajo en 1900 (París).

Yvetot escribió al respecto en 1911: "...Hay que haberlo visto, a ese moribundo, con amplia frente, con ojos húmedos tras sus lentos, ardiendo de fiebre, retenido en todo momento por falta de respiración y apenas capaz de decir algunas palabras en voz baja a causa de la tos, hasta que se tragaba el trocito de hielo que yo le preparaba para prevenir un flujo de sangre".

"Los miembros de aquel congreso de 1900 sabían con qué silencio de opresión, de compasión, de curiosidad y de admiración escuchábamos a ese pobre amigo, que se

de ese jefe y a alguna constelación de corta duración muchos siglos atrás. Sobre la base de todas esas reclamaciones se continúa, pues, haciendo prosperar la política expansiva y se le funda en primer lugar en el fanatismo nacional, cultivado siempre con intensidad y en un ejército fuerte y vastamente equipado, creado en la penumbra de preparativos, sea contra la Rusia bolchevista, sea contra Alemania todavía no desarmada, contra Hungría, contra Bulgaria, pero que en realidad es destinado a expansiones en un porvenir no muy lejano y a las guerras futuras que se sueña y que se prepara.

El programa de Italia está expresado desde hace mucho por la palabra terrible y jamás descalificada: *Terza Roma*. A la Roma de los Césares y a la Roma de los Papas no pudo seguir la Roma de Mazzini — Mazzini ha tenido que contentarse con soñar toda su vida y murió en marzo de 1872. Pero la Roma de Mussolini reclama de nuevo su conversión en *Terza Roma*, y se apresta a ello por medios que ponen en práctica lo que Mazzini no pudo soñar más que en teoría. Alimentado durante un siglo por el *Primato d'Italia* y la *Terza Roma*, por el desprecio a los *barbari*, inclinándose ante la inmensa autoridad de Mazzini, el conspirador, y de Garibaldi, el hombre de acción, y dirigido al mismo tiempo por la política sutil e hipócrita papal, piemontesa y napoleónica, el pueblo italiano fué mantenido más que ningún otro gran pueblo en las garras del nacionalismo más militante. El ímpetu internacionalista de algunos bajo la impulsión de Bakunin y de la Comuna de París, la presión de la miseria económica que más tarde hizo abrazar el socialismo por grandes masas, todo eso no contrabalanceó nunca el efecto del nacionalismo cultivado como una religión, respirado y respetado por todos absolutamente. Entonces Mussolini triunfó, gracias al pánico de los burgueses en 1920, si se quiere, pero se mantuvo en su puesto de mando, estoy convencido, gracias al sentimiento nacionalista tan extraordinariamente desarrollado en Italia desde hace un siglo y ha hecho todo lo posible por retroceder hacia la edad media, en ruta hacia la Roma de los Césares; pasando por los Borgias está en la etapa de los emperadores, de Nerón a Hellogabalus; un día llegará a la roca Tarpeya... Ha creado los Primo de Rivera, los Pangalos, los Pilduski, los Gajda y sigue siendo el héroe de los nacionalistas de todos los países.

De todo eso ¿no se llega a la conclusión de que se debe elegir entre los dos puestos, ¿ues de lo contrario en Lyon eso podría escindir los sindicatos. Debe encontrar un medio para quedar en la Federación de las Bolsas, — Vds. ven que no se está contra él, — y si encuentra un trabajo accesorio para completar su sueldo, debe aceptarlo, pero no debe quedar en el *Office du Travail*, que parece ser un puesto muy gubernativo..."

La idea que el comité de la Federación habría podido dar a su secretario lo suficiente para que pudiese vivir de ello es mencionada después por un delegado de Nimes; en Lyon no parece haberse tomado en consideración. Sin embargo, basta de esta triste cuestión, que en todo caso muestra a algunas gentes de hoy, a quienes les va muy bien, qué pobre diablo fué el primer fundador del *sindicalismo* francés como *organización* hasta el último momento de su vida; ese congreso, que produjo a Pelloutier esa ofensa, se celebró en septiembre de 1900. Volvió con trabajo al mismo pueblo en que había pasado seis meses en terribles padecimientos, sin poder adoptar una posición horizontal a causa de la sangre que penetraba de inmediato en las vías respiratorias. El último día se hizo llevar a la habitación donde estaban sus li-

sión, como yo, que esa *mentalidad nacionalista* se ha convertido en tal grado en una fuerza nefasta que envenena la atmósfera mundial, que nada de bueno puede vivir en esa atmósfera y que nuestro propio esfuerzo sufre inevitablemente a causa de ella. No hablo ya de infiltración oficial, por toda la vida pública, hasta las lecturas y diversiones populares. Es lo directamente opuesto a la solidaridad humana, que es la única que puede impedir al socialismo convertirse en una institución estatista y ver relegado al proletario a la situación del plebeyo del *panis et circenses*. Mussolini organiza también su Estado, de modo que pone al proletariado en una corporación fija y permanente que le garantiza el *pan*, y el proletario puede disfrutar del placer de ver y oír perorar a su *ducc* — es el *juego* y, más también, el *masacre* el fuego, dentro de poco las ejecuciones — son los *circenses*.

Es preciso desarraigar de nosotros mismos el nacionalismo, y no todo está hecho cuando decimos: ¡Abajo Bismarck! al mismo tiempo que se grita o se piensa: ¡Viva Mazzini! El que piensa: ¡Viva Mazzini! ¡viva Garibaldi! dirá lógicamente: ¡Viva Mussolini! No hay otro camino. ¡Viva la Internacional! y arrancuemos de nuestro corazón todos los nacionalistas, sean Mazzini o Mussolini. Y fortifiquémonos en esa compresión por la historia; rechacemos la leyenda. Esto se aplica a todos los pueblos. El mal es verdaderamente grande. Como el sacerdote y el autoritario, el nacionalista es nuestro enemigo. Ha creado y ha perpetuado la crisis mundial y prepara nuevas calamidades. Seamos, por fin, hombres que no conozcan más que hombres y hermanos. Digamos eso a tamente. Los pueblos recobrarían la verdadera vida si vieran en qué grado los ha engañado y hecho miserables el nacionalismo. Las guerras de religión, inquisición y jesuitas han devastado dos siglos, el XVI y el XVII. Se inició un repunte en el siglo XVIII, el siglo del cosmopolitismo y de la Revolución Francesa. El nacionalismo ha obstaculizado ya bastante el avance del siglo XIX, sin conseguir desviar enteramente la civilización ascendente, pero la ha carcomido al principio, después devastado, el primer cuarto de siglo XX, hora por hora en Europa. ¿Se le dejará continuar así?

Los trabajadores en la Argentina comprenden maravillosamente el carácter nefasto del nacionalismo, y este no existe ya para ellos. Italianos y españoles son sus hermanos, y las luchas de hace un siglo han sido olvidadas tanto como las

luchas con países vecinos de hace tres cuartos de siglo. Estarían verdaderamente en una posición como para levantar la voz en esta cuestión y decir a los proletarios de todos los países de Europa, cómo se les engaña y que necesitan desbrozar el camino, arrancar el nacionalismo de sus cerebros y de sus corazones, si no quieren ir directamente al fascismo y a la guerra. Así se ayudará también a nuestros camaradas y amigos de Italia, cuya voz fué sofocada el 5 de noviembre.

Noviembre 7 de 1926.

— (*—*) —

Encuesta del Grupo "Los Iconoclastas" de Steubenville, Ohio.

Contestación de M. Torres

1— El anarquismo — vilipendiado y escarnecido, perseguido y crucificado por déspotas de Estado y de Iglesia de todos los tiempos — encarna la suprema aspiración de la humanidad: la libertad absoluta del hombre de todo yugo político, económico y religioso. Su problema eterno es, ha sido y será, destruir primero, imposibilitar después, todo lo que signifique impedimento al libérrimo desarrollo del ser humano en la igualdad moral más completa y en la solidaridad inquebrantable de cada uno de los componentes de la colmena humana.

2— La anarquía es la madre de la humanidad y del universo, vale decir, de los hombres libres, iguales y hermanos por una parte, sin distinción de clases, razas, patrias y religiones, que no las habrá, por otra. Mas la anarquía, en hora buena, contempla, no sin sobresalto, sino amorosamente, que la liberación integral de sus hijos — su dignificación y ennoblecimiento — obra será de la Revolución Social.

3— Decir anarquía es decir vida: pájaro que vuela, flor que perfuma, sol que ilumina. Mas también es centella que fulmina los deformatorios — en lenguaje de pillería éstos toman el nombre de *parlamentarios, tribunales, palacios, escuelas, redacciones, teatros, iglesias, casas de gobierno, etc.* — que han erigido los animales nocturnos de rapiña y que con crueldad embrutecen, tiranizan y explotan a los hombres. La anarquía vivifica,

crea, ama. Es Naturaleza y Humanidad y Universo.

4. Para que un pájaro pueda volar plenamente necesita estar fuera de la jaula. Mientras el alma infantil esté encerrada, limitada y absurdamente trabada por esas aberraciones que se han dado en llamar autoridad, familia, escuela, religión, moral, sociedad, ciencia, arte y filosofía, resultará precario todo intento de verdadera educación. Toda la educación del pájaro está en abrirle la puerta de la jaula, no en hablarle de bien, de verdad, de belleza. Toda la educación del niño está en librarse de los yerros morales, materiales, científicos y religiosos que lo pervierten. Porque si el pájaro en libertad lleva ya en su pico y en su ala y en su entraña todo el bien, toda la verdad y toda la belleza, también todo el instinto, toda la necesidad, toda la pasión, toda la naturaleza están ya en el niño — su alma — y su satisfacción completa culminará en flores de simpatía y frutos de sabiduría — única educación.

5. La planta arraigada en tierras fértiles y climas prósperos, crece lozana y arrogante a los embates tormentosos. Da flores magníficas y frutos peregrinos. Arte que no se nutra de la savia perenne de la vida lo será sólo en parte. Arte que no se consubstancie con la partícula del sol o de la tierra, no medrará. Arte que no sea un haz de fuego, o una lluvia bienhechora, o una sonrisa de luz, será un arte muerto.

6. Los pájaros no cantan todos de la misma manera, ni tienen todas las flores el mismo color, ni la luz del sol todos los días la misma intensidad. Tampoco el rötulo mejora ni empeora el contenido. Los individuos que se aíslan del rebaño social, por serles su atmósfera irrespirable, hacen bien. Los individuos que en cuerpo y alma se dan a la organización y capacitación de las masas, hacen bien. Unos y otros cocavan, desde sus reductos inconvertibles, el edificio autoritario-religioso que se trata de demoler. No habría consecuencia de carácter en hegemonías unilaterales. Basta y sobra con la coincidencia de fondo. ¿Para qué más?

7. Todo lo que de bueno nos ha legado el pasado debemos aprovecharlo. Todo lo malo que nos ha transmitido, sepultarlo. La vida es de ayer, de hoy y de siempre. Los cadáveres hay que enterrarlos cuanto antes si hay descomposición. ¿Y acaso el Capital, la Iglesia, el Estado no saben a putrefacción? Sólo hace

falta el sepulturero, que ya está en marcha.

8. El morbo religioso y el morbo autoritario desaparecerán del haz del globo tan pronto como sus comparsas clericales y estadales dejen de inficcionar a la humanidad, barridos sabiamente por los vientos saludables de la Revolución.

Buenos Aires, Diciembre de 1926.

BIBLIOGRAFIA

Samuel Lewin: *Daemonendes Blutes*. Eine Vision. Trad. del yiddisch al alemán por Ruben Beatus. 150 págs. en 8°. Ed. *Der Syndikalist* Berlin, 1926. Precio: 1.50 mk.

Adrián del Valle: *Naufragos*, novela. Biblioteca de La Revista Blanca. 220 páginas. Barcelona (1926). Precio: 2 pesetas.

Andrés Lorulot: *¡Maravilloso el instinto de los insectos!* Su origen, su mecanismo, su evolución natural. 28 págs. Ed. "Generación Consciente", Valencia, (1926).

Nigra Andego, N.º 1, 14 octubre de 1926. Shanghai (China), periódico heptográfico en esperanto

Nigra Flago, N.º 1. Shanghai (China), en idioma chino.

La Revista Blanca, N.º 84. Barcelona. Cousins e pelesão Conselho Confederal

Relatoria do delegado da Federação dos oper. da industria de Calçado, couros e peleza o conselho Confederal da C.G.T.



bro, que abarcó en una última mirada, y murió luego silenciosamente, en la mañana del 13 de marzo de 1901.

III

La más temprana publicación de Pelloutier que tengo ante mí es el pequeño escrito de 1895, firmado por él y por Henri Girard, redactado en forma dialogada: *Qu'est-ce que la Grève générale?* (¿Qué es la huelga general?). Como se ha dicho, Pelloutier la defendía desde septiembre de 1892; se sabe también que esa idea existía desde hacía mucho tiempo, que fué propagada con particular intensidad en 1880-90 por los anarquistas; en los congresos corporativos franceses fué tratada primeramente en 1888, por Tortelier fué propagada entonces en París vivamente. En los círculos anarquistas de Londres estaba en 1890 tan difundida que en una discusión internacional de aquella época se previno contra una sobreestimación de ese medio de lucha como panacea. Existía en algunos la opinión que una tal huelga podía sustituir a la revolución, hacerla superflua, mientras que la opinión de horizontes amplios era que una huelga general debía llevar justamente a la revolución, que era inseparable de la revolución, que era el estadio inicial de la revolución misma.

Lo que dice Pelloutier no es, pues, nada absolutamente nuevo, pero adquiere su importancia por el hecho que fué dicho por alguien que se hacía oír en los miembros más enérgicos de numerosos sindicatos, a quienes hasta entonces no se habían presentado por lo general más que las promesas y los consuelos de los políticos.

... "La huelga general — se lee allí — no será un movimiento pacífico, porque una huelga pacífica general, suponiendo que sea posible, no conduciría a nada"... Contaba ante todo con la desmenuzación de las fuerzas militares, que en ninguna parte tendrían la posibilidad de dar un golpe decisivo y que apenas podrían ser alimentadas 14 días con las provisiones existentes. ... "Como la huelga general debe ser una revolución de todas

partes y de ninguna y como la toma de los medios de producción tendrá lugar por barrios urbanos, por calles, casa a casa, no se da ninguna posibilidad a la formación de un "gobierno revolucionario", de una "dictadura proletaria"... más bien surgirá "la libre asociación de cada grupo de panaderos en cada panadería, de cada grupo de herreros en cada herrería, en una palabra: la producción libre".

¿Cómo serán llevados los trabajadores a tal huelga? Para la *huelga-revolución* no se necesita naturalmente la participación de los sastres o de los empleados de comercio. Lo principal, cuando la huelga no se generaliza bastante rápidamente, es la paralización del transporte, la inmovilización de los soldados, el paro de las grandes industrias por falta de carbón, interrupción de la afluencia de artículos alimenticios, que pronto también significan la falta de gas y de electricidad... Una huelga minera como comienzo no sería lo suficiente eficaz, mientras continúen existiendo las posibilidades del transporte. Pero gracias a la división del trabajo, que será el instrumento de muerte del estado actual, pueden, por ejemplo, los obreros gasistas paralizar todos los motores de gas y por ese medio hacer parar a numerosos obreros — o la paralización de los cambios de un punto ferroviario importante de cruce, hace parar a toda una serie de líneas... La misión de los huelguistas sería quedar cada uno en su barrio y tomar posesión allí primero de los pequeños establecimientos, de las panaderías, luego de los establecimientos mayores y por último, después de la victoria, de la gran industria. El gobierno podría diseminar en contra sus soldados y exponerlos al exterminio local o retenerlos para una gran batalla, lo que les llevaría pronto al hambre...

Finalmente se discute en qué grado se desvían ya los obreros de la política.

... "Dispersión de los huelguistas, por consiguiente impotencia del ejército, enervamiento, luego quebrantamiento nervioso de los soldados, de los cuales algunos se

marchan, pánico del capital, posesión de las fábricas de cada calle por pequeños grupos de huelguistas, por 5, 10, a lo sumo"... etc.

En *l'Organisation Corporative et l'Anarchie* (1896) explica Pelloutier: "...Partimos de este principio, que la obra de la revolución debe consistir en la liberación igual y simultánea de los hombres de toda autoridad, y de toda institución cuyo objetivo esencial no es el desenvolvimiento de la producción material y espiritual. En consecuencia podemos imaginarnos la sociedad futura — una sociedad pasajera, pues por viva que sea nuestra fuerza de imaginación, el progreso es más vivo y nuestro ideal de hoy nos aparecerá tal vez mañana muy vulgar, no podemos imaginarnos la sociedad futura, repetimos, más que como una asociación voluntaria y libre de los productores..." Esa asociación sería libremente consentida, siempre abierta, restringida, ya sea por conocimiento o por deseo de los asociados con el fin de la realización de su objetivo originario, de manera que nadie tiene que temer una coacción moral, que es tan penosa como la coacción material, ni violación individual, que es más sensible aún que la violencia colectiva".

Las asociaciones para las diversas ramas de la producción se informarán sobre las necesidades del consumo y constatarán sus medios y posibilidades de producción. ¿Cuánto necesitan de las asociaciones vecinas?, etc. "Ahora bien, ¿no nos dan las actuales Bolsas del Trabajo una idea de tales asociaciones? ¿No son esas las funciones que realizan ya o esperan realizar las federaciones corporativas, que en diez años habrán agrupado a los trabajadores del mundo entero?... Esas Bolsas del Trabajo tienen hoy una labor más complicada todavía, porque tienen que dominar todas las dificultades provocadas por la existencia del capital... Sin embargo, son activas, avanzan siempre y descubrirán un día en el hombre laborioso al único motor y en consecuencia en la asociación de los productores el único rodaje útil de la sociedad.